

Coordinación y compilación de:
MIRIAM ABATE DAGA
JULIETA CAPDEVIELLE

Habitar la ciudad.

Aproximaciones etnográficas a
los procesos sociales urbanos, las
políticas públicas y el mercado
inmobiliario.

Habitar la ciudad.

Aproximaciones etnográficas
a los procesos sociales urbanos,
las políticas públicas y el
mercado inmobiliario

Compilación de:

Miriam Abate Daga
Julieta Capdevielle

Colecciones
del CIFFyH 

Habitar la ciudad. Aproximaciones etnográficas a los procesos sociales urbanos, las políticas públicas y el mercado inmobiliario / Miriam Abate Daga... [et al.]; compilación de Miriam Abate Daga; Julieta Capdevielle. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1672-6

1. Mercado Inmobiliario. 2. Antropología Urbana. 3. Políticas Públicas. I. Abate Daga, Miriam, comp. II. Capdevielle, Julieta, comp.

CDD 305.8009

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición

• •
Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Idea e imagen de tapa: Silvia Attwood

Cuidados de Edición: María Victoria Díaz Marengo

Corrección de estilo: Miriam Abate Daga y Julieta Capdevielle

2022



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Por la cloaca va cualquier cosa. Yacencia etnográfica

Silvia Attwood*

El presente texto se basa en parte de mi Trabajo Final para la Licenciatura en Antropología (UNC) bajo la dirección de la Dra. Miriam Abate Daga. Dicho Trabajo aún se encuentra en proceso de escritura por lo tanto no me será posible transmitir las conclusiones, aunque sí esbozar cercanías parientes de la conclusión.

Con “*Por la cloaca va cualquier cosa*” – *Yacencia etnográfica*, recupero a través de la perspectiva etnográfica²³, las experiencias laborales de trabajadoras y trabajadores de una Planta de tratamiento de residuos cloacales. En ese sentido los objetivos generales buscan comprender las tramas cotidianas en que se teje la relación trabajo-subjetividades-cuerpos del personal que allí se desempeña a partir de sus experiencias laborales, y su enlace con un espacio urbano productor / reproductor de relaciones sociales. Luego, a nivel específico propongo:

a) describir las prácticas cotidianas de hombres y mujeres y sus formas de relacionarse con la materialidad de La Planta; b) analizar las experiencias laborales cotidianas teniendo en cuenta los modos en que se clasifican entre sí (empleados/empleadas, trabajadores/trabajadoras, operarios/administrativos, maestranza), y c) caracterizar regulaciones, tensiones y disputas que constituyen a La Planta como un espacio de sociabilidad y de procesos de subjetivación.

Escribir esta yacencia etnográfica ha sido difícil; a veces, horrible. Otras, como un viaje alrededor de un pedazo de nada. Un viaje que me incendió, que me purificó, que me destruyó y me depositó en una parada. Un stop para conocer y desconocer más. Escribir es una epistemología del no saber, dice la Dra. María Negroni, poeta e investigadora argentina.

²³ Tomo aquí el término perspectiva tal como lo plantea Elsie Rockwell en “Etnografía y teoría en la investigación educativa. Revista Dialogando, 8, 29-45 (1980).

* Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (UNC). Alumna tesista de la Lic. en Antropología. Correo electrónico: attwoodsilvia@hotmail.com

Habrás observado, lector(e) que empleo en el título la expresión “yacencia etnográfica”. La razón es que la tarea antropológica que llevé a cabo fue también permeada por otros procesos de indagación, análisis y expresión. A la etnografía he vinculado narrativa, poesía visual y arte objetual gracias a la convivencia no siempre pacífica de los lenguajes otros. Lenguajes estos últimos tan válidos como el científico, atravesados por lo elusivo de la creación artística. De allí que nombro a este procedimiento -con sangre de neologismo- “yacencia etnográfica”. Y lo hago por lo que yace, sobreyace, subyace y adyace. Yacencia por yacimiento, por esas capas y estratos que se conectan, que inter-actúan en relación dialógica. Yacencia etnográfica en tanto textos y personas que dialogan y se leen mutuamente. Yacencia como productividad (no un producto cerrado) atenta a los ojos del lector que la/se lee, la/se transforma, en una relación constructiva - de-constructiva con la lengua.

Esbozada la cuestión de la escritura, te invito a desgranar las dos grandes vertientes de todo texto: el espacio y el tiempo. Empezaré a bordear las riberas de lo que me llevó al tema, luego al campo y finalmente al trabajo final.

Sube telón. Hace ingreso a tus ojos...

La ficción persuasiva

Preparar una descripción requiere estrategias literarias específicas, la construcción de una ficción persuasiva: una monografía se debe disponer de tal modo que pueda comunicar composiciones de ideas originales. [...] Afrontar el problema es afrontar la disposición del texto. Que un escritor escoja (digamos) un estilo “científico” o uno “literario” señala el tipo de ficción que es; no existe la posibilidad de escapar a la ficción. Marilyn Strathern, “Fuera de contexto”

Las cloacas han acompañado a la humanidad desde que surgieron las primeras aglomeraciones y asentamientos. El modo de gestionar nuestros residuos en general y los detritos en particular ha sido una preocupación de y en las metrópolis y ciudades.

Para citar algunos ejemplos, Platón (427-347 a. c.) concibe la ciudad ideal con una teoría cuya matriz filosófica y política se mixtura con elementos de higiene vinculados a los sistemas de trazado de calles.

Lucio Tarquino Prisco, alrededor del 600 a. c. manda a construir La Cloaca Máxima: una de las redes de alcantarillado más viejas del mundo. Así, la Antigua Roma podía drenar sus desperdicios que terminaban en un afluente hacia el río Tíber que acompañaba a la ciudad.

Tomás Moro (1477-1535), erudito y humanista inglés, en pleno Renacimiento no solo ideó un sistema político, social y legal perfecto plasmado en su isla imaginaria (1516). Lo vemos encargado de la comisión de cloacas que existían a lo largo del Támesis, desde East Greenwich hasta Lambeth, por cuestiones de salud pública.

Sería extenso citar más casos; lo cierto es que a lo largo de los siglos y de las diferentes disciplinas que convergen en los modos en que una ciudad se erige, los distintos quehaceres humanos, estudios y ciencias se han preocupado históricamente de la gestión de nuestros desechos, movidos por las necesidades de salud, demografía, diseño, urbanidad, infraestructura, etc.

Ya en nuestro siglo y en nuestra provincia, Córdoba no ha sido ni es ajena a estas preocupaciones. Los problemas de salud, contaminación, crecimiento, desarrollo, planificación urbana y/o ausencia de ésta se advierten cuando el agua potable aún no es accesible a todas las personas, cuando la basura y los detritos aún no están ambientalmente controlados; la persistencia de miles de viviendas cuyos saneamientos no están cubiertos, o las publicidades estatales difundiendo nuevos planes de conexión de barrios a la red cloacal. Estos y otros ejemplos reafirman que todo ello constituye un asunto a resolver. El tratamiento de los desechos y los detritos es un problema social presente en todas las épocas. Como afirma Rémi Lenoir (1993):

Los “problemas sociales” están, en efecto, instituidos en todos los instrumentos que participan en la formación de la visión común del mundo social, ya se trate de los organismos y de las reglamentaciones que tratan de resolverlos, ya se trate de las categorías de percepción y pensamiento que les corresponden. Esto es tan cierto que una de las particularidades de los problemas sociales es que se encarnan generalmente de manera muy realista en las “poblaciones” cuyos “problemas” se trata de resolver (p.59).

A pesar de que el universo de los desechos cloacales es un problema consagrado -en términos de Lenoir-, no hemos encontrado hasta aquí etnografías cuyos trabajos de campo aborden la gestión de este tipo de

residuos. Más bien las investigaciones lo hacen desde otras áreas: lo ambiental ligado a la contaminación; lo urbano vinculado a la planificación arquitectónica de la gestión residual; lo laboral y la pobreza en relación a los trabajadores que viven de la basura (como los carreros, los cartoneros, etc.); lo alimenticio respecto de las familias que van a los basurales a rescatar y comer de las sobras que otros ciudadanos tiran. Lo cloacal aparece tangencialmente. En efecto, los estudios sobre lo rural, la pobreza, la marginalidad y la periferia exponen la gestión en red de los desechos cloacales como un servicio deficiente o ausente junto a otras carencias; a veces, éste es sustituido por otra clase de gestión (uso de pozos negros, sistemas de baños secos ecológicos, entre otros).

En la Provincia de Córdoba, los antecedentes antropológicos dan cuenta de la existencia de etnografías en torno a la basura. Las mismas investigan sobre carreros y residuos desmarcándose éstos de los cartoneros (Bermúdez, 2005). También aparecen las prácticas políticas de los carreros respecto de su relación con el estado municipal (Bermúdez, 2004). Es decir, la basura y las prácticas sociales que de ella se desprenden refieren a escombros, residuos, cirujeo, recolectores, cartoneros, carreros, cooperativas de trabajo, sistemas de consumo y desecho, etc. No ha sido posible encontrar, hasta el momento, etnografías cuyo trabajo de campo se haya realizado en y desde las cloacas, sus detritos y su respectivo sistema de gestión.

Cuando por casualidad en el año 2009 entablé una conversación con un ex trabajador de una planta de residuos cloacales, éste comenzó a narrarme con detalles la manera en que él y sus ex compañeros consumían turno a turno, día a día, el olor, la fetidez y los gases de las aguas cloacales; de cómo adquirirían ciertas y determinadas enfermedades; de lo que implicaba en lo personal y familiar tener como material de trabajo ni más ni menos que la mierda humana de gran parte de la ciudad. Esa conversación permaneció reverberando en mi memoria, y a medida que fui cursando las materias de la carrera me embarqué en la posibilidad de que toda esa charla pudiera ser el puntapié de una futura investigación.

Entre lo Uno y lo Otro

Me gusta que el saber haga vivir, que cultive, me gusta convertirlo en carne y en hogar, que ayude a beber y a comer, a caminar lentamente, a amar, a morir, a veces a renacer, me gusta dormir entre sus sábanas, que no sea exterior a mí. Michel Serres, *Les Cinq Sens*

2009/2014

Lunes 02 de junio de 2014. Son las 09.00 de la mañana. Me apuro para llegar al punto de encuentro: zona centro de Córdoba capital, Mercado Norte. Ditirambo de sensaciones y sinestesia: puedo oler la imagen de la máquina de café del Bar Chony, enclavado en medio del Mercado ingresando por calle Oncativo. Puedo saborear el sonido de molienda de los granos de café. ¡Fffshshshshss!, veo el vapor de agua y el klin klin de las cucharas revolviendo las tazas. Tic-tic. El celular me trae un mensaje en un sobrecito amarillo¹ que abro presurosa al tiempo que me siento en una de las mesas del bar. “Llego en 10 m”. “Oki”, contesto.

Tres años atrás, tomando mate, Jorge había tenido una conversación conmigo contándome algunas anécdotas de su vida laboral en El Municipio. Aquella charla había sido movilizante, a tal punto que nació el deseo de escribir sobre lo que escuché. En ese 2009 yo aún no sabía cómo hacerlo, no había un género, una forma... Solo imágenes, representaciones de lo oído. Ni siquiera la antropología había llegado a mi vida. Cuatro años después me reúno con Jorge para recordar lo conversado.

Con Remy Lenoir en la cartera voy a la cita. Siento el tiritón corporal de la incertidumbre. Me pregunto si en las representaciones, percepciones y pensamientos de Jorge pueda existir material eficiente para formular preguntas, para construir un problema antropológico. Luego, indago si seré capaz de construir un problema, una pregunta... Me repito que las cosas, los hechos, tienen un velo que los cubre, y tanto más transparentes nos parezcan, más son encubiertas por ese velo,

Es mantener frente a ellos una actitud mental determinada; es abordar su estudio partiendo del principio de que ignoramos por completo lo que son, y que no podemos descubrir sus propiedades características, como

¹ Aún no tenía WhatsApp. Sí. Me resistía.

tampoco las causas desconocidas de las que dependen, ni siquiera valiéndose de la introspección más atenta (Durkheim, 1986: 16).

Ya sentada en la mesa del Bar, espero que Jorge llegue. Finalmente él aparece. Nos saludamos y cada uno pide su café. Tiene 37 años, cabello rubio, ojos color marrón claro. Habla en modo pausado con una voz grave. Estatura mediana y cuerpo delgado, viste jeans, camisa clara y abrigo marrón para el invierno. Se sienta y yo abro mi computadora. La moza nos trae el pedido. Aquella tarde de mateada en 2009 él me relató sus vivencias en La Planta², Jorge ponía énfasis en lo terrible que era “laburar” allí: olores nauseabundos, enfermedades de la piel, problemas respiratorios, fatiga y sueño por los turnos rotativos.

Distanciado en tiempo y lugar (ya no trabaja allí) Jorge es mi primer contacto. Comienza la entrevista. Me cuenta que estuvo en La Planta durante el período 2005 a 2007. Hacía relevamientos de datos para mejorar las condiciones laborales de los trabajadores, él había sido enviado desde otra área de El Municipio.

Al principio se fue generando mala onda conmigo, pero después me acompañaron. Conviví diariamente con ellos todo ese tiempo. Porque yo era de afuera, de la misma repartición, sí, pero de la oficina que no estaba dentro de La Planta ubicada en las afueras. Yo era alguien del edificio de El Municipio, en pleno centro de La Ciudad. No era como ellos que son de La Planta... Pero cuando fuimos charlando me aceptaron. Yo tomaba datos para un proyecto para mejorar La Planta. Hubo un proyecto grande con un crédito internacional y se logró...

² Antes de continuar quisiera establecer ciertas aclaraciones en el uso de algunas categorías que aquí emplearé. Hablaré de “La Planta” que depende de “El Municipio”, cuyo locus es en “La Ciudad”. En adelante las utilizaré sin las comillas. La Planta se ubica en la periferia de La Ciudad. La razón de emplear los términos genéricos La Planta, El Municipio y La Ciudad se debe al pedido de las Autoridades que tienen a su cargo el lugar en donde desarrollé mi trabajo de campo. Las mismas solicitaron que por razones de seguridad no se divulgue información relativa al funcionamiento específico (planos, procesos concretos, imágenes del lugar, ubicación). En ese sentido, preferí también cambiar el nombre real del establecimiento, en adelante La Planta. En consonancia con la mencionada solicitud, fue necesario generalizar su locus por lo cual he determinado que ésta se ubica dentro de la Provincia de Córdoba sin develar localidad alguna, salvo que está bajo la órbita de un gobierno local -El Municipio- cuyas oficinas centrales están en La Ciudad. La Planta se ubica en las afueras de La Ciudad, en zona periférica. Así mismo se han protegido las identidades de los entrevistados por lo cual todos los nombres que figuran en este trabajo son ficcionales.

Jorge me dice que las personas que trabajan en La Planta se jubilan y no tienen muchos años de sobrevivencia.

(...) uno a dos años de vida, creo. Fijate cuando vayas, las barandas de observación que tiene ese lugar: están oxidadas por los ácidos, los gases de ese líquido cloacal. Ahí se procesa y se le da tratamiento y se lo vuelca al río... Hay una contaminación terrible en el aire, en los artefactos de La Planta. Y el olor es tremendo. Es mierda y otras cosas. Es fuerte.

Pienso cómo las etnografías suelen entronizar el sentido el visual. Pienso en la existencia de otras formas de comprender el mundo. Pienso en Jorge y en nuestro sentido del olfato. El olor funciona como el mensajero de algo que ronda en el aire y se apodera de nosotros. Cuando el olor se despliega es implacable. Se instala y sella su poderío en la urdimbre de la memoria.

“La Planta es muy chica, quedó chica para lo que es La Ciudad. El proyecto era llevarla al doble pero no sé qué pasó porque yo después me fui. Ya no tengo más contacto con ellos, ni con la oficina.”

Jorge me explica a grandes rasgos el funcionamiento de La Planta y la compara La Planta con los cuerpos:

Si las barandas y los pasamanos de las zonas de observación están despin-tados, corroídos, imagináte esa gente por dentro y por fuera. Lo que más me impactó es el tema de la edad... tenían 40 y parecían de 60... vos ves cómo pasa el tiempo y cambian aceleradamente. El aspecto físico, los rasgos, la piel avejentada... Hay enfermedades en la piel, a veces no es visible por fuera, pero hay mucho cáncer también. Como con los perros que hay en La Planta. Sí, sí... es muy loco el tema de los perros... estás comiendo un asado con los muchachos y vienen por los huesos, y los identificás pero duran poco, es como que el tiempo pasa más rápido, antes del año ya no ves más esos perros que llegan todos los viernes a buscar los restos del asado, y entonces aparecen otros perros, mueren rapidísimo...

Pienso en el miasma³ y su universo nocivo. Pienso en los cuerpos de los operarios. En los perros. Pero la impresión que me causa esta descripción se desplaza cuando me cuenta lo que sigue:

³ El conjunto de emanaciones malolientes que se desprende de cuerpos y materias corruptas, aguas cloacales, excremento y orines. Con este sentido y no otro emplearé la palabra miasma en este trabajo.

Sí, sobre los fetos humanos, yo los vi, sé que llegan. Se traban en las rejas que están en los canales que trae los miles de litros de mierda, las rejas están en la primera etapa del proceso, cuando llegan los líquidos y hay que evitar que la basura no vaya al resto del sistema. La basura se rastrilla, la arena que queda en el fondo se saca con la pala, y allí están. Se ve bien que son fetos humanos. Ellos los sacan, los retiran y los entierran, no los dejan pasar al tacho de basura. No los tratan como basura. Es humano... es una persona, hay que enterrarla. Que trabajes con la mierda no quiere decir que todo sea mierda. Ellos tienen sensibilidad, es muy fuerte ver eso, ¿cómo los van a dejar con la basura? Yo creo que es por una cuestión religiosa... Aunque algunos también los meten en la bolsa, junto con otras cosas que llegan. Sí, por la cloaca va cualquier cosa... sí, lo del cementerio está. Yo no presencié un enterramiento, pero sí vi los fetos. Los juntan y los entierran... llega de todo a La Planta. Escobas, pañales, lo que creas e imagines que la gente tira al inodoro no alcanza. Es peor. En toda esa mugre algunos toman la decisión cuando encuentran un feto, de darle sepultura... otros toman toda la bolsa en donde se recogió la basura y los tiran, los dejan allí. Las bolsas son para recoger lo que llega, así no pasa a los peines y se encajan. Igual, a veces los peines se traban y es porque por ahí pasó un feto, y llegó con otros objetos y trabó el peine. Cuando se traban los peines ahí van y se encuentran entre otras cosas con los fetos.

Tengo frío, el mismo que sentí cuando escuché de la boca de Jorge, en el 2009, lo de la existencia de los fetos en las cloacas. Me vienen imágenes complejas de tierra oscura y sombra crecida. Necesito saber, necesito ver, “estar ahí”. Me pregunto con qué me encontraré como “extranjera” de ese mundo, La Planta, y qué de ese mundo vibra en mí porque tal vez no me sea totalmente ajeno y exótico. Me bebo lo que resta en mi pocillo. Jorge se despide y yo me voy del bar con una voz que despacha y dice “¿quién sigue?”, el ruido de la sierra cortando la carne. Camino hacia la puerta del Mercado. Veo cuerpos vestidos con guardapolvos manchados de sangre, hombres fuertes que bajan reses de un camión y los llevan sobre sus espaldas; trago un olor crudo y ácido, escucho el bamboleo del líquido que contiene mondongos en baldes blancos. Afuera, muchedumbre que compra y vende sobre la calle... Preocupada, excitada, asustada como un escritor frente a la página blanca decido, no sin miedos, que voy investigar la manera en que los trabajadores de La Planta se construyen como tales en un espacio laboral en donde se gestionan detritos y excremento. Un espacio cuyo paisaje es copropaisaje⁴. Un trabajo cuya rutina -gestionar

⁴ Me refiero a los paisajes ligados, contruidos, en y por las heces.

excretas- parece romperse cuando aparecen los fetos humanos. Una rutina que también se rompe cuando los trabajadores entierran a esos fetos en un sector del predio de La Planta.

Lo que constituye el objeto de la investigación para el sociólogo, no es zanjar esas luchas simbólicas, sino analizar a los agentes que las llevan a cabo, las armas que utilizan, las estrategias que ponen en práctica, teniendo en cuenta las relaciones de fuerza entre las generaciones y entre las clases sociales y las representaciones dominantes de prácticas legítimas. (Lenoir, 1993: 66)

Me alejo del Mercado Norte, apurada... es lunes, llego tarde a mi clase en la Universidad. Tiritón mental. Ahora, ¿qué estará sucediendo en La Planta? ¿Cómo analizarla desde su contexto urbano? ¿Qué efectos produce este trabajo en los cuerpos de los que allí laboran? ¿Qué sentidos hay detrás de las acciones ordinarias, repetitivas, diarias? Salto una baldosa rota pero no veo el sorete de perro que florece enhiesto en plena vereda.

La gente piensa que puede arreglárselas perfectamente sin metáforas. Nosotros hemos llegado a la conclusión de que la metáfora, por el contrario, impregna la vida cotidiana, no solamente el lenguaje sino el pensamiento y la acción. Nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica. (Lakoff y Johnson 1995: 39)

Mientras limpio la suela de mis plataformas recuerdo a mi abuela que decía: *pisar mierda es buena suerte*.

Metaphorá circula por la ciudad, nos transporta como a sus habitantes, en todo tipo de trayectos, con encrucijadas, semáforos en rojo, direcciones prohibidas, intersecciones o cruces, limitaciones y prescripciones de velocidad. En cierta manera —metafórica, desde luego, y como un modo de habitar—, somos el contenido y la materia de ese vehículo: pasajeros comprendidos y trasladados mediante la metáfora. (Derrida 1978: 209)

Viajemos con la metáfora, lector(a) por caminos alternos de modo que nos lleven a golpear en las puertas del campo.

Transcurrieron los años de cursada y ya sin dudas, incluso antes de esbozar los contenidos del Proyecto de Trabajo Final para la Licenciatura en Antropología, decidí acercarme a La Planta. Hubo no fáciles esperas

y trámites hasta que logré ingresar al campo. En las primeras aproximaciones a estos hombres y mujeres que día a día laboran allí, me di con una serie de tensiones en las condiciones laborales, algunas vinculadas a la cantidad de horas y otras situaciones que daban cuenta de sus luchas por obtener el reconocimiento de “trabajo insalubre”. También me llamó la atención el modo en que la categoría “trabajadores” se amplía y diversifica dentro de La Planta.

Estos primeros acercamientos me permitieron -en parte- preguntarme por las experiencias cotidianas de los y las trabajadoras en una Planta de tratamiento de líquidos cloacales, poniendo en tensión sus condiciones laborales y los procesos de subjetivación imbricados en sus quehaceres diarios.

Las distintas conversaciones que mantuve con cada una de estas personas en su lugar de trabajo me motivaron a pensar algunas preguntas: ¿cómo es la vida cotidiana de un trabajador o trabajadora en esta planta? ¿Qué relación tiene el espacio en los vínculos sociales que allí se construyen? ¿Qué experiencias vivencian quienes desempeñan sus tareas con un material diferente al del docente y la enseñanza, el bancario y la administración de cuentas, el médico y su arte de curar, o al de una peluquera y el estilismo? Diferente -remarco- porque ese material es lisa y llanamente la mierda de miles de urbanitas conectados a la red cloacal. ¿Cómo incide sobre estas personas el hecho de trabajar con detritos -manipular, cargar, respirar, medir, observar, analizar heces y orines- durante seis horas diarias con turnos rotativos mediados por descansos de 24 horas?

Frente a estas preguntas, amerita convocar a los referentes teóricos. Hace ingreso a la escena:

El elenco estable de autores

Henri Lefebvre (1972) para mirar la ciudad y lo urbano a partir del recorte de lo cotidiano.

Michel De Certeau (2000) con “las artes de hacer” y “la invención de lo cotidiano” aplicadas al pequeño mundo laboral de La Planta.

Agnes Heller (1972): en toda sociedad hay una vida cotidiana y quienes la componen, sea cual sea su lugar ocupado en la división social del trabajo, tienen también una vida.

Rossana Reguillo (2000) cuando nos explica que la vida cotidiana tiene su tiempo y su espacio a contrapunto del tiempo y del espacio de excepción, no obstante ello extrae la fuerza de sentido para explicarse a sí misma.

Hernán Palermo (2018), cuyas líneas de investigación abordan el estudio de las clases trabajadoras en Argentina (petroleros). Asimismo investiga temas de género y trabajo, en particular la construcción de las masculinidades en el trabajo.

María Julia Soul (2015), que estudia la organización gremial, la conflictividad y el devenir de un grupo obrero desde una perspectiva antropológica.

E. Thompson (1989) y la noción de “experiencia” en tanto devenir, movimiento, fenómeno histórico que da cuenta de sucesos de la clase trabajadora, que tiene lugar de hecho (esto es: que ha sucedido).

Hasta aquí les autores troncales. En las páginas siguientes aparecerán más, como emergentes de una matrioshka textual y analítica.

Golpeando las puertas del campo

Néstor, el Cancerbero

Mi primer ingreso al campo fue para realizar una observación participante en La Planta. Sabía que entrar allí no era fácil: eso conllevaba solicitudes y trámites dentro del estado municipal. Y contra la idea lógica y ordenada de comenzar por la institución para luego entrar al campo antropológico, operé a la inversa. Decidí llegarme hasta La Planta con la esperanza de que las autoridades de la misma me permitieran pasar. Ese día llevé mi cámara fotográfica. No la utilicé. Tampoco durante las restantes entrevistas. Primero no me pareció oportuno sacar fotos por considerarlo intrusivo. Luego, las personas entrevistadas no quisieron ni grabadores ni fotos.

La observación se llevó a cabo por los alrededores de La Planta hasta su locus más liminar: el portón de ingreso, luego el desandar la ruta, hasta mi regreso a casa.

El viaje atravesó la ciudad y su paisaje abigarrado de casas, edificios, ventanas, balcones, asfalto, y verdes. De pronto cambia y se ralea. No es en modo paulatino sino drástico. Casas a medio terminar, caballos que pastan, carros y carreros, bolsas de nylon y basura. Desvío. Camino de tie-

rra. Avancé unas cinco cuerdas y de acuerdo con el mapa, divisé el puente. Al pasar por debajo, el viento, el aire, anunciaron que La Planta estaba cerca.

El bulbo olfativo de nuestro cerebro es capaz de reconocer y distinguir –creando luego su memoria olfativa– alrededor de un billón de olores diferentes, afirma el estudio de John P. McGann, neurocientífico de la Universidad de Rutgers, de Estados Unidos, publicado en la prestigiosa revista *Science* en 2017.⁵

Un aroma a cloaca, mierda, putrefacción me dio de lleno en el cuerpo. El epitelio olfatorio activó el cerebro gracias a las moléculas olorosas que inevitablemente fueron captadas por los millones de receptores instalados en mis mucosas nasales. “Ay, ¡qué olor!”. Arrugué la nariz y mis neuronas nasales procesaron la información, sí, no lo hace el cerebro. Es como si nuestra propia nariz tuviera su propio cerebro. En la nariz tenemos 400 tipos de receptores olfativos diferentes que organizan a los millones que tenemos. Y lo hacen en escala: los más agradables en un extremo del epitelio y los más fétidos en el polo opuesto. Y heme aquí: justo en esa línea mientras con desespero subimos las ventanillas del coche.

Usualmente los humanos nos adaptamos al olor hasta no sentirlo más, no por su desaparición sino por nuestro acostumbramiento. Esto sucede entre el primer al segundo minuto. Pero no. Ese día no. La fetidez persistió hasta el ardor de ojos. Peor aún: fue en aumento a medida que nos acercábamos a La Planta.

Vi a las primeras personas que se cruzaron por el lugar. Dos ancianos conversaban como si el hedor no existiera, esperando en una parada al colectivo de esta zona. Yo quería saber si estaba en el camino correcto para llegar a La Planta. Mi acompañante bajó la ventanilla para preguntarles, el aire pestilente permeó el interior. Pregunté tres veces, a viva voz, hasta que uno de ellos se acercó al auto: “Soy sordo, hable más fuerte”. Rostro delgado y muy marcado de arrugas. Le faltaban varias piezas dentales en su boca. Sonrió. “Son como dos kilómetros para llegar.”

Tufo, fetidez, catipén, emanación, hediondez y más. Fue inútil cualquier acción de hermetismo para con el auto: el olor penetró sin escrúpulos. Como universo de molestia y nocividad. Un miasma. No en el sentido de la teoría del miasma en la vieja medicina que asumía erróneamente que

⁵ John P. McGann: *Poor human olfaction is a 19th century myth*: DISPONIBLE EN: <https://science.sciencemag.org/content/356/6338/eaam7263>

la causa de las enfermedades eran los olores nauseabundos, sino en un sentido más perceptual: el conjunto de emanaciones malolientes que se desprende de cuerpos y materias. corruptas, aguas cloacales, excremento y orines. Con este sentido y no otro emplearé la palabra *miasma* en este trabajo.

Los miasmas guardan una estrecha relación con la reconstrucción y reubicación de las instituciones públicas. No es extraño observar cómo las ciudades e incluso las comunidades más pequeñas se han construido utilizando el criterio del desplazamiento de los cementerios, los hospitales, los siquiátricos o las cárceles. Más allá de la posibilidad concreta de contaminación o contagio de enfermedades que estos espacios pudieran producir, persiste una contaminación simbólica (Douglas, 1973) en ellos. Esa lejanía, de alguna manera produce un modo de protección social contra las amenazas de impureza. Amenazas que proceden siempre del exterior, lo cual corresponsabiliza la intervención de las autoridades públicas. Son ellos quienes deben eliminar o alejar tanto al agente contaminante como al sujeto contaminado. La Planta, en esa lejanía y distanciamiento urbano y social, no escapa a lo antedicho.

Hacia el kilómetro 4 y ½ apareció un portón: la entrada a La Planta. Decidí no detenerme. Quería ver si era posible rodear La Planta desde el camino de tierra socavado y cuarteado como si hubiera pasado por allí una ola migratoria de mamuts. Ya en el kilómetro 6 y ½, -alejados de La Planta unos dos kilómetros-, el olor disminuyó a valores respirables. El viento soplabá del Este atrapando al *miasma*. Y lo repartía a nuestras espaldas por los caseríos, las quintas, las ropas lavadas de las familias secándose al sol, los yuyales altísimos y los dos ancianos de la parada que tal vez seguían a la espera del colectivo.

No es la clase burguesa la que vive en torno a La Planta. Es la gente que trabaja la tierra en las quintas y huertas y se instala por la zona para tener su casa cerca del trabajo; es la que debe soportar el olor nauseabundo porque no tiene chances de vivir en otra parte; es la que me hace afirmar -desde mi cultura desodorizada- “yo no podría vivir aquí” (como si los sectores excluidos sí, como si sufrieran anosmia); es la gente a la que se le carga el peso de *odor* y *odium* (no es casual que compartan la misma raíz en el latín) porque “el olor es antropológicamente un marcador moral” (Le Bretón, 2006). Ese tipo de marcadores cuya carga simbólica contaminante divide entre contactos “puros” de los que se consideran peligrosos. Ideas de con-

taminación que categorizan nuestra vida y el orden sociales. Por ejemplo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX la molestia olfativa contra la hediondez, lo nauseabundo, se contextualiza en contra de la miseria social de los obreros, sirviendo de instrumento de protección de las condiciones de vida burguesa (Elias, 1987). La bofetada de la desnaturalización dolió. Me sentí muy estúpida al recordar que antes de salir me había perfumado con una loción de acto “civilizadorio” y rosas.

Seguí unos kilómetros más y decidimos regresar. Fue imposible rodear La Planta pues está inserta en un territorio mayor, circundada por malezas que imposibilitaban ver más allá de su follaje. Al acercarme a ella otra vez mis receptores captaron el miasma intenso. Llegué hasta el portón. Al frente, en la margen izquierda del camino, una casa pequeña de factura simple y precaria. En lo que sería el patio delantero de la casa, un alambre con ropa colgada, secándose. Sábanas, toallas, pantalones y remeras de adultos y niños. También había bolsas con tierra, apiladas. En el fondo de la casa, un hombre, pala en mano, sacaba tierra bien oscura con la que llenaba bolsas de nylon. En la entrada de la casa, las mismas bolsas apiladas con un cartel de madera: “Se vende tierra negra”.

Volví la mirada hacia el portón. El enrejado de barrotes cuadrados de unos tres metros de altura estaba pintado en celeste. Detrás, una entrada de tierra muy ancha y a sus márgenes, a pocos pasos y a la izquierda, una pequeña casa de ladrillo con vidrios espejados. Supuse que era la oficina del guardia. En la margen derecha del camino de entrada, había lo que aparentaban ser oficinas, no vi personas dentro. Y lejos, bien lejos, con el terreno en descenso, como en hondonada, unos piletones circulares e inmensos.

Bajé del auto y caminé hacia el portón. Repasé mi discurso de presentación y con ello, subió mi pulso. Un hormigueo raro me aguijoneó la espalda. Me recibió con un ladrido primero, moviendo la cola después, una perra pequeña, marrón, de pelo corto, patas cortas, una *hybris* entre “salchicha” y “pekinés”. Sus ostensibles mamas hinchadas detentaban o una preñez o una prole amamantada. Se unió al recibimiento otro perro marrón claro, de tamaño mediano y *pedigreé* indefinible. Tenía una llamativa parálisis en sus patas traseras. ¿Un accidente? ¿Una patología neurológica? ¿Efectos de contaminación? Los canes me olfatearon los pies, luego las piernas. Miré el piso: había al costado del portón unas cebollas tiradas. Se me antojaron agradables al olfato, pese a que las detesto tanto como

al ajo. Muchos de los caños, metales, barandas, marcos, aberturas de las oficinas, también estaban pintadas con aquel color celeste similar al cielo. No pude evitar relacionar la iconicidad de las publicidades que enfatizan en lo “puro” de sus productos: filtros de agua, Aguas Cordobesas, el aire limpio de las ciudades, las campañas ecológicas y de saneamiento... como si el color celeste cielo purificara lo existente por su sola presencia.

Miré otra vez a los perros, los caños, todo lo metálico pintado y descascarado. Recordé a Jorge, el ex empleado de la planta, narrándome sobre la comparación que él hacía entre los metales oxidados y las enfermedades en la piel de los empleados. Esas corrosiones de epitelios, las manchas blancas en manos y caras...

El perro paralítico pasó al otro lado, atravesó las rejas con su caminar dificultoso, descolorido, flacuchento. Yo seguía de este lado.

Estaba preparada para el encuentro, para la acción de inter-acción. El guardia se aproximó hacia mí. En efecto, la casa de la margen izquierda era la guardia. El hombre, de unos 50 años, pelo entrecano, vestía ropa verde oscura. Un uniforme de tela que más se parecía en su confección a los ambos que usan los enfermeros. Tenía bordada la palabra “GUARDIA” en amarillo, con letras en imprenta mayúscula. Sumamente amable, me saludó. Yo extendí mi brazo y mi mano, atravesando los espacios entre reja y reja. Los hierros se clavaron en su verticalidad sobre mi cuerpo, los sentí pese a mi abrigo grueso.

Entre nosotros, actualmente, un país toca con otro; no ocurría lo mismo en otros tiempos, cuando el suelo cristiano constituía aún más que una parte de Europa, en torno a este suelo existía toda una banda neutra, dividida en la práctica en secciones, las marcas. Éstas fueron poco a poco reculando, hasta desaparecer, pero el término literal de marca conservó el sentido literal de paso de un territorio a otro a través de la zona neutra (Van Gennep 1986: 27).

Permanecí con el brazo extendido, traspasando en parte el umbral, y mientras le dije “Hola, buenas tardes”. El guardia se acercó más. Y nos dimos la mano. Luego, con delicadeza guiada y lenta firmeza se retiró para mantener la distancia. Yo estaba literalmente incrustada en el portón. Él ni siquiera lo había rozado. Le dije mi nombre, le conté que estudiaba en la Universidad. Antes de decirle la carrera, preguntó:

-¿De biología?

-No, de Antropología.

-Ah... porque acá vienen alumnos de biología, hacen pasantías en el laboratorio.

-Quería hacerle una consulta... Estoy realizando un estudio para una materia de mi carrera, y necesito hacer una observación de este lugar. ¿Sería posible acceder al predio?

El guardia tenía una tonada que me sonó cercana al mundo andino. Me era difícil confirmar su musicalidad, pero claramente no era cordobesa. En tanto, constaté que se había acercado más. Encajé mi cara entre reja y reja, tomando otras dos con mis manos. Me sentipensé por unos instantes un primate no humano en el zoológico. Esa idea me produjo risa, risa que el guardia captó positivamente devolviendo el gesto con una sonrisa. Dio otro paso, acercándose más aún.

Toda persona vive en un mundo de encuentros sociales que la comprometen en contactos cara a cara o mediatizados con otros participantes. En cada uno de esos contactos tiende a representar lo que a veces se denomina una línea, es decir un esquema de actos verbales y no verbales. (...) Una persona tiende a experimentar una reacción emocional inmediata ante la cara que le permite el contacto con los otros; catectiza su cara; sus "sentimientos" quedan adheridos a ella" (Goffman 1970: 11).

-No habría problemas, señorita. Acá vienen muchos alumnos, como le decía... Pero hay un protocolo -y cambia el tono de voz a uno más grave- usted tiene que pedir un permiso, elevar una nota a El Municipio, en el piso 8vo., a nombre del Ingeniero Alberca. De repente apareció otra persona. La vi salir de las oficinas de enfrente a la guardia. El Guardia giró la cabeza. Era el Ingeniero Alberca, el funcionario al que debía enviarle la nota. Observé que aunque las rejas del portón seguían pegadas a mi cuerpo, parecieran haberse disuelto por efecto de la charla con el guardia y yo ya no sentía incomodidad. La catexia -esas descargas de energía psíquica estudiadas por Sigmund Freud y retomadas luego por Erwin Goffman- me/nos habían permitido al guardia y a mí establecernos en el borde, en

lo liminoide del portón y pese a él mantener un vínculo dialógico. Éramos dos personas cargadas de esa energía por la cual no nos resultábamos indiferentes.

-Si hablo personalmente con el Ingeniero, ¿cree que me dejará ingresar ahora?

-Mmmmm... no creo que sea posible -de pronto me sonríe- pero déjeme averiguar.

Caminó hacia la oficina de la guardia en donde había entrado el Ingeniero Alberca. Todo ese momento eruptivo propiciado por el diálogo mediado por el portón, quedó en suspenso. Momento caliente que se tornó tibio. El Ingeniero había entrado a hablar con otro guardia que estaba en la oficina. Desde el portón vi cómo conversaban los tres.

Imprevistamente llegó un viento fuerte, sostenido y el miasma se hizo recordar. El portón se sacudió como si quisiera abrirse, percibí el movimiento incluso en el cuerpo, tintinearón en lo alto del portón las cadenas que envolvían los caños rematando su nudo con un candado gigante. Y el miasma. Siempre el miasma.

El guardia regresó. Nuevo momento eruptivo.

-Lo siento, señorita, me dice que usted tiene que cumplir con el protocolo. Por favor, lleve la nota al 8vo piso y espere hasta que le digan cuándo venir. Cuando le den el permiso, El Ingeniero seguramente la recibirá, le pondrá personal para mostrarle La Planta y para darle información de cómo funciona...

Le estreché la mano por segunda vez, pasándola por la reja. Repique-tearon de nuevo la cadena y el candado.

-Muchas gracias, le agradezco todo lo que me ha ayudado.

El guardia me extendió un papelito con todos los datos, el número de piso, la repartición y el nombre de El Ingeniero.

-Ojalá pueda venir cuando yo esté, señorita.

Lo miré sorprendida por el comentario, él bajo los párpados y esbozó una leve sonrisa.

Por lo general, el mantenimiento de la cara es una condición de la integración, no su objetivo. Los objetivos habituales, tales como ganar cara, dar libre expresión a las propias creencias, introducir información humillante sobre los demás o solucionar problemas y ejecutar tareas, son perseguidos por lo común de tal modo que concuerde con el mantenimiento de la cara. Estudiar el hecho de salvar la cara es estudiar las reglas de tránsito de la interacción social (Goffman 1970: 17).

¿Hacer como si nada? ¿Salvar la cara? Sostener el momento. Respirar el miasma y preguntar:

-¿Usted trabaja todos los días, aquí?

-No, trabajo día por medio... descansamos un día, trabajamos al otro.

-Ajá, hoy es miércoles, así que usted está lunes, miércoles y viernes.

-Exacto.

-Bueno, ha sido un placer... ¿Cómo es su nombre?

-Néstor.

-Gracias, Néstor, ha sido usted muy amable.

Subí al auto. Me despidieron la perra de mamas ostentosas, el perro parálítico y Néstor. Las tres cabezas de un Cancerbero, me digo.

Algunas conclusiones primeras y primarias

Bordear La Planta, observarla, me permitió acercarme a ella no sólo desde la mirada. Como decía al principio, el olfato se volvió necesariamente descriptivo y analítico para poder relatar las relaciones y las subjetividades desde una cultura de los olores. Códigos aprendidos por la nariz, reconocimientos que nos hacen separar lo agradable de lo desagradable, lo salu-

dable de lo nocivo. Y en esa clasificación nasal, alejar(nos) o acercar(nos); centro-aceptar o peri-rechazar. Distanciamientos que hemos aprendido a través todo un sistema de relaciones discriminatorias: salubres, sociales, simbólicas, culturales... Convenciones legitimadas al presentarse como naturales. Esta observación me permitió recuperar otros modos de percibir, y en ese sentido relativizar mis certidumbres culturalmente establecidas en cuanto al uso de los sentidos y la posibilidad de sentipensar el mundo de otra forma. El olor, afirma Le Breton (2007) es una individualización de la experiencia. Y también la pedagogía del refinamiento y sus consecuentes descalificaciones hacia las clases (Elias, 1987).

El portón, la frontera era el objetivo a franquear. Podría no haber existido como materialidad, e igualmente se hubiese vuelto existente: “La frontera, línea ideal trazada entre mojones y postes, no es visible más que en los mapas, exageradamente” (Van Gennep 1986: 24).

En el portón de La Planta estaban Néstor, El Ingeniero y El Municipio. Del otro lado del umbral, yo, la estudiante: “El simbolismo que rodea a la persona liminar y se halla vinculado a ella es extraño y complicado (...) La invisibilidad estructural de las personas liminares tienen un doble carácter. Ya no están clasificados y, al mismo tiempo, todavía no están clasificados (Turner 1980: 106).

El Municipio, en extensión con El Ingeniero, en extensión con Néstor custodiaban la frontera: la “guardeaban” (guardia: del germánico *warden*, guardar, vigilar, proteger). A los porteros, los arqueros del fútbol, los guardias, los que cuidan las puertas concretas o simbólicas, se los relaciona con el Cancerbero (el perro de tres cabezas custodio del Hades); de hecho así se les dice a los porteros de edificios públicos y privados en varios países latinoamericanos. El Cancerbero mitológico es capaz de destrozar a cualquiera que se le acerque, pero también es sensible ante la música o la miel. Si se le ofrece la una o la otra es posible trasponer el umbral del Hades.

Intenté que esa música o esa miel que ofrecí a través de mis explicaciones pudieran convencer a Néstor, tal como hizo Orfeo para entrar al Hades. Por momentos creí que surtiría efecto. Es más: en su labor de guardián, Néstor produjo una brecha: esa infracción abierta o incumplimiento tácito de alguna norma importante para la interrelación (Turner, 1999). Él sabía del protocolo, de la nota y del permiso. Él sabía que pedir una excepción a El Ingeniero sería con alta probabilidad fútil. Sin embargo,

estiró los límites y buscó la excepción. Burlar esa norma es un símbolo claro de disidencia y puede detonar simbólicamente la confrontación. Pero no avanzó más. Detuvo la posible crisis con la autoridad. Y además usó mecanismos de control y reparación de los procesos inarmónicos o disarmónicos (Turner, 1999) con el fin de desaparecer cualquier conflicto en su relación laboral. Conversación, arreglos, aclaraciones, reforzamientos de las normas entre él y El Ingeniero. Néstor volvió con un NO. *“Es que puede haber riesgos y hay mucha tensión entre las autoridades de aquí y de El Municipio”*, y chocó sus puños cuando dijo “tensión”.

En la liminalidad del portón, donde todo puede suceder por el encantamiento del umbral, el Cancerbero no muerde, ladra poco y hasta intenta transgredir la normativa para que yo pueda ingresar. No pasé al otro lado. Pero tampoco fui destrozada por sus colmillos.

Retorno. “Llego a casa y lo primero que hago es darme una ducha”, pensé. El olor se me había pegado en el pelo, en la ropa, en la cara y las manos. Ya estaba cerca. Otra vez, la ciudad “organizada y limpia” y el verdor.

Delante de mis ojos, los edificios comían pedazos de Cielo. Atrás, el miasma y La Planta comían pedazos del Hades.

Baja telón.

Referencias Bibliográficas

- Aran, Pampa y BAREI, Silvia (2009) Género, Texto, Discurso. Encrucijadas y caminos. Córdoba. Comunicarte.
- Achilli, Elena Libia (2005) Investigar en Antropología Social. Los desafíos de transmitir un oficio. Rosario. Laborde Editor.
- Achilli, Elena Libia (2009) <http://www.upc.edu.ar/wp-content/uploads/2015/09/M%C3%93DULO-Uruguay09-Achilli-Elena.pdf>
- Bajtín, Mijail (1986) Estética de la creación verbal. México. Siglo XXI.
- Barei, Silvia (1991). De la escritura y sus fronteras. Córdoba: Alción Editora.

- Barthes, Roland (2009). *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Barcelona. Buenos Aires. México. Paidós
- Bermúdez, Natalia Verónica. (2005) "Somos carreros, no cartoneros". Una etnografía sobre las prácticas políticas de los carreros de villa Sangre y Sol, Córdoba, Argentina.
- Bermúdez, Natalia Verónica. (2005) "¿Tenemos que demostrarles a la municipalidad que existimos?". Una etnografía sobre las prácticas políticas de los carreros de villa Sangre y Sol, Córdoba, Argentina.
- Clifford, James y marcus George E. (1991) "Retóricas de la antropología"
- De certau, Michel (2000) *La invención de lo cotidiano – 1 Artes de Hacer*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia - Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Derrida, Jacques (1971) *Retirada de la metáfora*. En *Po & sie* N° 7, 1978, pp. 103-126, luego en *Psyché: Inventiones de l'autre*.
- Dumoulié, Camille (1996). *Nietzsche y Artaud. Por una ética de la crueldad*. Siglo XXI Editores. file:///C:/Users/attwo/Downloads/Dialnet-NietzscheYArtaudPensadoresDeLaCrueldad-3266957.pdf
- Elias, Norbert. (1982) *Sociología Fundamental*. Barcelona. España. Editorial Gedisa S.A.
- Foucault, Michael "Curso del 14 de enero de 1976", en *Microfísica del poder*, La Piqueta, Madrid, 1978, pp. 140
- Geertz, Clifford (1980) "Géneros confusos. La refiguración del pensamiento social" *American Scholar*, vol. 49, N° 2, primavera de 1980, págs. 165-179
- Goffman, Erving. 1970. "Sobre el trabajo de la cara". En *Ritual de interacción*. Bs. As. Ed. Tiempo contemporáneo.

- Heller, Agnes (1967) "Sociología de la Vida cotidiana". Libro 73. Colección Socialismo y Libertad.
- Kristeva, Julia (1981). Semiótica 1. Madrid. Editorial Fundamentos.
- Lefebvre, Henri (1981). Crítica de la vida cotidiana. Vol. II
- Lenoir, Remy (1993). "Objeto sociológico y problema social" En: Iniciación a la práctica sociológica, Siglo XXI Editores.
- Levinas, Emmanuel (2002). Totalidad e infinito. Ensayos sobre la exterioridad. Salamanca. España. Ediciones Sígueme.
- Lotman, Iuri (1996). La Semiósfera I. Semiótica de la cultura y el texto. Madrid. Ediciones Cátedra
- Lotman, Iuri (2000). La Semiosfera III. Semiótica de artes y la cultura. Madrid. Ediciones cátedra.
- Marcus, George E. yushman, D. (1998) "Las etnografías como textos. En El surgimiento de la Antropología Posmoderna". Compilación de Carlos Reynoso. Gedisa. Barcelona.
- McGann, John P.: *Poor human olfaction is a 19th century myth*: DISPONIBLE EN: <https://science.sciencemag.org/content/356/6338/eaam7263>
- Mukarovsky, J. (2000) "Signo, función y valor. Estética y semiótica del arte de Jan Mukarovsky"
- Negroni M., bonzini S. (2003) "La Maldad de Escribir: 9 Poetas Latino-americanas del Siglo xx". Igitur. Madrid
- Palermo, Hernán. (2018) "Masculinidades en la industria del software en Argentina". En: Revista Internacional de Organizaciones Núm. 20 Género, trabajo y organizaciones, Universidades Rovira i Virgili, España. http://www.revista-rio.org/index.php/revista_rio/article/view/254

- (2017) “La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero”. Buenos Aires: Biblos. En: <https://drive.google.com/file/d/0Bx-9poZSnGQ5ZaURUZEd0bEdvZEE/view>
- (2016) “Machos y brujas en la Patagonia. Trabajo, masculinidad y espacio de la reproducción” *Antípoda. Revista de antropología y arqueología* número 25, Universidad de los Andes, Colombia. En: <https://antipoda.uniandes.edu.coview.php/369/index.php?id=369>
- (2015) “Machos que se la bancan: Masculinidad y disciplina fabril en la industria petrolera Argentina”. *Desacato*, 47 (enero – abril). México. En: <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/1424/1219>
- Pujadas, J. José. (1992). *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales* (Serie Cuadernos metodológicos 5). Madrid: CIS.
- Reguillo, Rossana. (2000) “La vida cotidiana y su espacio-temporalidad”. Coord. por Alicia Lindón Villoria, *El Colegio Mexiquense, A.C.: Anthropos*
- Romano sued, Susana (1994) “Escriturienta”. Alción. Córdoba – Argentina.
- Schechner, Richard. 2000. *Performance. Teoría y Prácticas Interculturales*. Bs. As. Libros del Rojas. UBA
- Segato, Rita Laura. *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018.
- Soul, María Julia (2018), “De proletarios a propietarios...’ Neoliberal hegemony, Labor Commodification and Family relationships in a Petty SteelWorkers ‘Firm” en Spyridakis Manos (ed) *Market vs Society Anthropological Insights*, Londres: Palgrave Macmillan

Thompson, Edward Palmer: La formación de la clase obrera en Inglaterra, Barcelona, Crítica, 1989 [1963].

Turner, Victor. (1980) La selva de los símbolos. Madrid. Siglo XXI

Van Gennep, Arnold. 1982. Los ritos de pasaje. Madrid. Taurus.